
Editorial

En 1990, cuando surgió la idea de concretar el proyecto denominado “Ius et Veritas”, los tiempos que se vivían en nuestro país eran sumamente difíciles: la hiperinflación agobiaba a las familias peruanas y el terrorismo imprimía tal inseguridad que, para muchos, pasear por el centro de Lima era inimaginable.

Sin embargo, mientras en nuestro país los coches bomba y los apagones formaban parte de nuestra vida cotidiana, en el resto del mundo se producían acontecimientos como la caída del Muro de Berlín y el fin de la Guerra Fría, los cuales -además de ser fundamento para que unos anticipen el fin de la historia- abrían un horizonte esperanzador en busca de la consolidación de la libertad individual y de la paz social.

Han transcurrido pocos años y el escenario nacional ha cambiado: el terrorismo se ha reducido a su mínima expresión y la hiperinflación ha sido controlada. Empero, se aprecia el surgimiento de nuevos problemas y el incremento de otros tantos, como el subempleo y el desempleo, la debilidad de las instituciones democráticas, la dependencia de los poderes legislativo y judicial al ejecutivo, el alto grado de delincuencia común, entre otros. Estos hechos derivan de la desviación de mecanismos de poder y de control dirigidos a afrontar antiguos males, situación que se enmarca en el antiguo adagio “el fin justifica los medios”.

Ante ello, nuestra condición “humana” nos exige virar en rumbo hacia la autonomía con solidaridad, a fin de destruir las barreras que nos encierran en un círculo de problemas generadores de pobreza e injusticia. El principal elemento que nos ayudará a tomar esta nueva dirección no es otro que la educación: el máximo desafío del porvenir debe centrarse en desarrollar políticas educativas forjadoras del nuevo Estado peruano.

Ningún modelo económico-social podrá ser útil sino atiende la educación como problema fundamental. Cómo podría ser eficiente, por ejemplo, la adopción del modelo de economía del mercado si los ciudadanos no manejan los elementos necesarios para tomar decisiones racionales. El progreso resulta del empleo adecuado de la información y la educación es la fuente principal de ésta.

Pando, diciembre de 1999